

"El invasor por una paz inicua,
 "Y el poder asaltaron, ni un recuerdo,
 "Ni una sola memoria, ni siquiera
 "El nombre de aquel hombre conservaron,
 "Ni un consuelo le dieron á su viuda,
 "Ni un pedazo de pan para sus hijos.
 "Pero yo con mis lágrimas amargas
 "Mojaba el pobre pan del infortunio,
 "Que el sudor de mi frente conseguía
 "Para que estos dos hijos no murieran
 "Y conservar pudieran aquel nombre,
 "Y ser un día mexicanos dignos
 "Del padre tierno que les dió la vida.
 "Ya los veis; de la patria los deberes
 "Sagrados á cumplir les he enseñado,
 "Porque soy mexicana, y les recuerdo
 "Que por su patria sucumbió su padre.
 "Hoy que he escuchado el eco tremebundo
 "Del cañón extranjero, el pecho mío
 "Ha palpitado de dolor y angustia,
 "Y sin otros recursos que mis hijos,
 "El único tesoro que poseo
 "En medio de las penas de este mundo,
 "Les he dicho el peligro de su patria,
 "Y al recordar la gloria de su padre,
 "Ellos contentos á morir se ofrecen
 "Por defender de México la honra,
 "Su libertad é independencia santas.
 "Ellos me aman como yo les amo,
 "Pero ante Dios la patria es lo primero:
 "Aquí están, general, fieles soldados,
 "Luchar anhelan, defendiendo el suelo
 "Que los miró nacer, para que un día
 "La patria agradecida los recuerde.

"Agripina es mi nombre, y yo he nacido
 "De Anáhuac en las fértiles riberas."

El llanto que sus ojos derramaban,
 La expresión de su voz y su semblante,
 Un aspecto le daban de heroína;
 Y el mismo Ortega detener no pudo
 En sus ojos dos lágrimas ardientes.
 Los jóvenes, ardiendo de entusiasmo,
 Pero también de gloria conmovidos,
 Ahogaban su voz en la garganta
 Y enjugaban su llanto de ventura.
 Ortega, al fin haciendo un gran esfuerzo,
 Así le dijo á la sublime viuda:

"Heroína inmortal, desde este instante,
 "Ellos serán mis hijos cariñosos,
 "No me abandonarán en el combate;
 "Dios los protegerá porque defienden
 "La justicia de Dios y de su pueblo,
 "Los sagrados derechos de los hombres,
 "Y la soberanía de las naciones.
 "Y vos, tranquila estad, los hombres que hora
 "Defienden á su patria, y sus destinos
 "Rigen en pro del pueblo, no se olvidan
 "De los que saben derramar su sangre,
 "Ni de aquellos sublimes sacrificios
 "Como el que estáis haciendo, mujer fuerte:
 "Agripina, de México en la historia
 "Jamás se borraré vuestra memoria."

Dijo, y volvió á enjugarse las mejillas,
 En tanto que los jóvenes heroicos
 Ante la madre de rodillas caen

Y, deteniendo el llanto de sus ojos,
Así exclamaron con acento fuerte:

“Madre adorada, tu sublime ejemplo
“Nos guiará en los campos de batalla:
“Tu bendición nos cubrirá: en tu nombre
“Invocamos de Dios las bendiciones.”

Agripina llorando los bendice,
Un beso imprime en sus altivas frentes,
Y gloriosa, de Ortega despidiéndose,
Dejó aquel sitio y se alejó llorando.

El general en jefe, conmovido
Y con la fe de la inmortal victoria,
Doquier que acude, á los gemelos lleva.
Ya en torno á la ciudad los movimientos
Se perciben del pérfido enemigo:
Doquiera silba la tronante bala,
Y el estallido de la bomba horrible
El terror difundiendo, se percibe.
Así quieren los fieros sitiadores
Amedrentar el corazón azteca.
Los dos hermanos, de entusiasmo llenos,
Mientras momentos de descanso tienen,
Así animosos con amor se expresan:
Rompe el silencio Arnaldo y á Reynaldo
Le dice lleno de cariño santo:

“Cuando sucumba de la bala al golpe,
“Hermano, no te olvides de arrancarme
“Esta medalla que en mi cuello pende.
“Es de Amelia el retrato. Y aunque lejos
“Está, con mis recuerdos se la envías.”

Le responde Reynaldo: “Hermano mío,
“¿Por qué presentimientos tan extraños
“Llenan tu corazón? ¿Ya no conservas
“La pura fe inmortal de la victoria?
“¿Qué el sublime y heroico sacrificio
“De nuestra madre idolatrada, hermano,
“No tendrá recompensa allá en el cielo?”

Exclama Arnaldo: “Ignoro los arcanos
“De ese Dios que se llama providente:
“Los hechos sólo de la tierra veo!
“Desde la cuna, hermano, nos persigue
“El infortunio, y creo que la tumba
“Es el único asilo del descanso.
“Yo he visto á la virtud cruzando el mundo,
“Desde que nace, con dolientes ojos,
“Con la frente inclinada por el duelo,
“Hundida en la miseria, aunque doquiera
“Haga esfuerzos sublimes de heroísmo.
“¿Dó está esa Providencia que á esos seres
“No les manda ni un rayo de esperanza?
“Nacimos, y al nacer, apenas vimos
“La pura luz del refulgente día,
“Cuando guiados por la fe del alma,
“Por cumplir un deber irresistible,
“Nuestro querido padre dejó el mundo;
“Y este hombre que en el tiempo de su vida
“Sólo la voz de la virtud siguió,
“Sólo encontró descanso en el sepulcro.....!
“¿Y quién sabe su nombre? ¿Ni un recuerdo
“Conserva el mundo de su heroica muerte!
“Sólo del corazón en los secretos
“Nosotros conservamos su memoria.”

Reynaldo replicó: "Yo en él confío,
 "Y en las lágrimas bellas de mi madre,
 "Hora sólo nos resta, hermano amado,
 "De la patria cumplir con los deberes
 "Que al nacer nos impuso, y la memoria
 "Cubrir de nuestro padre con la gloria,
 "Y con ella cubrir nuestro sepulcro,
 "Sí, con ella cubrir la tumba helada
 "Que guarde nuestras gélidas cenizas:
 "Presto, muy presto, hermano, con tu llanto
 "La tierra mojarás de mi sepulcro."

Salió Ortega, y dejaron los hermanos
 Sus tristes y sombríos pensamientos,
 Porque siguieron al valiente jefe
 Que ya el asalto formidable espera.
 La tarde va acercándose, y se miran
 En todas partes fuera de los muros
 Aumentar del francés los movimientos.
 En todas direcciones, carros, trenes,
 Se ven pasar con rapidez activa,
 Al Sur y al Norte. Del Oriente vienen
 Columnas de vistosa infantería,
 Y más artillería, y más briosos
 Y ordenados y fuertes escuadrones.

Los redobles se escuchan de las cajas,
 Oyénse resonando los clarines,
 Y del San Juan en el tendido cerro
 Se miran colocar sobre la falda
 De blanca lona las ligeras tiendas.
 En su brioso corcel, acompañado
 De todos sus guerreros ayudantes
 Que caballos magníficos sujetan,

Recorre Ortega la campiña hermosa
 Que por el Sur sus céspedes extiende;
 Allí Ghilardi y Alatorre anuncian
 Al general, que anima en los soldados
 El fuego de una gloria tan brillante,
 Que muchas veces detener no puede
 Su impulso luchador y felicioso.

Ortega los aplaude, y entre vivas
 Y gritos de entusiasmo se despide,
 Y sigue recorriendo los baluartes
 De la línea que pronto al enemigo
 Le mostrarán de México el arrojo.
 De Teotimehuacán en los jardines
 Un grito solo, unánime se escucha,
 Del general el entusiasta acento.
 Patoni allí á sus dignos compañeros
 Elogia con justicia verdadera,
 Mientras los vivas de entusiasta júbilo
 Hacen flotar con gala y gallardía
 El majestuoso pabellón de Iguala,
 Que parece en los aires la bandera
 Que el valor de los galos desafía,
 Al recordar de Zaragoza el nombre.

Mas allá, por Oriente, los tostados
 Hijos de las montañas de Guerrero,
 Y Alvarez, vieron el fulgor del día;
 De Pinzón á la voz también ofrecen
 No desmentir del Sur la nombradía,
 Y á la vista de Ortega, vitorean
 De Calpulalpam las brillantes glorias.

Ortega observa que la plaza lista,

Dispuesta se halla siempre á los combates,
 Retrocede otra vez, y atravesando
 De uno á otro punto la ciudad triunfante,
 Se acerca á San Javier, entre los cantos
 Marciales del soldado impetuoso.
 Llega á Santa Ana, do Antillón vigila,
 También, á los soldados animando.
 Luego al galope del fogoso potro
 Que rápido atraviesa las campiñas,
 Se dirige á la cumbre de Loreto,
 De donde observa el campo de Occidente
 Que se agita veloz por todas partes,
 Para asaltar de Puebla las murallas.
 Sigue de Guadalupe á la colina
 Cuando el redoble del tambor anuncia
 Que ya la tarde rápida se avanza.
 En todas partes el valor, la gloria,
 Y el entusiasmo en el soldado brillan,
 En todas partes á luchar se aprestan,
 Y al estallido del cañón terrible
 El eco de mil vivas le responde.
 Y mientras que su frente luminosa
 Escondiendo va el sol tras las montañas,
 Desciende el general de las colinas
 Y sereno las calles atraviesa,
 Mientras la bala destructora silba
 Que el enemigo en intervalos lanza;
 Pero impasible, impávido, al palacio
 Se dirige tranquilo, imperturbable.

Entretanto las sombras de la noche
 Comienzan á extenderse lentamente
 Por la extensión inmensa de los cielos,
 Y las nubes que cubren las alturas

Parecen presagiar lluviosa noche.
 El general en jefe del Oriente,
 Luego que ya la noche se avecina,
 Infatigable vuelve á la campaña
 Al escuchar por el lejano Ocaso
 El eco de tenaz fusilería.

Es que del campamento de Occidente
 Se destacan, al ver venir la noche,
 Invasoras guerrillas que protegen
 Al zapador francés, cuyos trabajos
 Organizando vienen el asedio.

Mas nuestras avanzadas, que los miran,
 Les interrumpen por doquier las obras,
 Trabando cien combates pasajeros
 Que al invasor rechazan á Occidente.

Arnaldo con Reynaldo, al afanoso
 General acompañan por doquiera;
 Arnaldo, meditando en los secretos
 Presentimientos que en su mente viven,
 No teme ni el fragor de las batallas,
 Ni el incendio terrible, ni la muerte,
 Sólo dejar su madre abandonada
 Sin abrigo y sin pan. Reynaldo, sólo
 Observa de su hermano la tristeza,
 Pero ambos, llenos de valor, su arrojo
 Ostentan por doquier en la batalla.
 Valientes, en los campos los primeros
 Se adelantan ansiando que una hora
 Llegue en que demostrar su bizarría
 Muriendo de la patria en la defensa.

La madre, llena de entusiasmo santo,
 Hilas y vendas, y alimentos busca,
 Recorriendo las plazas, los palacios,
 Las casas opulentas, y doquiera
 La caridad para el valiente excita,
 Recogiendo afanosa los auxilios
 Que el poderoso para el pobre presta.

Otras veces se mira junto al lecho
 Del moribundo, con afán prolijo,
 Procurando aliviar en sus dolores
 Al pobre herido que la vida deja.
 Algunas veces, de dolor transida,
 Recordando su vida de pesares,
 Al contemplar que la virtud tan sólo
 Gime en el mundo sin tener un día
 De consuelo ni alivio, á Dios demanda
 Por compasión la muerte, en que se goza
 La única paz del corazón que sufre.
 Otras veces recuerda que su abrigo
 Necesitan sus hijos amorosos,
 Y á Dios pide prolongue su existencia
 Y que consuele sus amargos días,
 Y que la paz le dé sólo un momento
 Ya que desdeque nació le dió la pena:
 Pero jamás inculpa en sus tormentos
 Esa de Dios misericordia santa,
 Que proclaman los hombres en la tierra,
 Mientras más sufren el pesado yugo
 De ese destino ciego que nos liga
 A vivir una vida de dolores.

Santa, noble mujer, que el mundo imbécil
 No conoció, y tal vez, jamás un día
 Siquiera le dará la recompensa!

Así pasa la vida, y ni las bombas,
 Ni el trueno silbador de las granadas,
 Ni el eco de los rifles espantosos,
 Ni el aspecto terrible de la muerte
 Que por doquier los pasos interrumpe
 Miedo le dan á su alma de heroína.
 Y cruza por las calles, por las plazas,
 Y el consuelo les lleva á los heridos,
 Y el socorro á los pobres que derraman
 Del hambre el llanto, sin que nadie acuda
 A darles en sus penas el consuelo,
 De humilde caridad imagen pura,
 Así á su triste corazón alivia,
 Su espíritu sublime engrandeciendo.

Esta es la religión, esta es la bella
 Humanidad divina, esta es la gloria,
 La verdadera ilustración que ostenta
 Doquier modelos que imitar debieran
 Esos viles fanáticos que gritan
 En los templos, las calles y las plazas,
 Que son de Dios intérpretes, y sólo
 En la molicie y esplendor se arrullan
 Recibiendo las viles ovaciones
 Con que la adulación ciega el orgullo.

Así Agripina la existencia pasa
 Mientras el arma matadora truena,
 Mientras sus hijos á su patria ofrecen
 Los lauros de la gloria inmarcesibles.